



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE JUNIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## La soledad amarga

EL ARTE DE VIVIR  
OLGA DE LEÓN G.

Cuando escribo dejo de ser la que era y me transformo en otra. Me salgo de mí, me vuelvo etérea, a ratos desaparezo por completo; otras, solo levito sobre la página para ver que todo vaya fluyendo.

Escribir es un arte y una ciencia para mí, y supongo que para todo escritor o poeta. Solo que a veces el espíritu creativo está tan débil, triste o decepcionado que nada especial ni maravilloso surgirá de la letra que se va plasmando tecla tras tecla.

Hay momentos en los que la disyuntiva sobre si escribir y especialmente sobre si publicar o no, se vuelve un imperativo al que hay que atender y sobre eso, tomar una decisión sana, aunque dolorosa; porque dejar la página sin nuestro texto ocupando el lugar que desde hace varias décadas ha conquistado, es como dejar un puñal clavado en el corazón.

Hoy no será un momento tal. Mis dedos se deslizan suavemente sobre el teclado sin demasiada prisa, pero tampoco deteniéndose sin motivo alguno. Paso a paso, despacio, pero con certeza y seguridad, la mancha negra va plasmándose sobre la que empezó siendo una "página en blanco".

Escribir es el arte de plasmar con palabras las ideas que se fraguaron en nuestro cerebro, y se entintaron un poco -o mucho- con sangre del corazón al que la vida o alguien hirió profundamente: hoy, ayer o un día cualquiera... y la memoria nos lo recuerda.

De alguien o en alguna parte leí, que: "puede perdonar, pero no olvidar". Eso pasa cuando nuestra memoria funciona de maravilla. En mi experiencia personal, quisiera que no fuera así, pero lo es.

Escribir es morir un poco después del acto mismo... Y vivir intensamente, sin el riesgo de equivocarnos por siempre, porque tenemos la posibilidad de enmendar los errores, antes de publicar nuestro texto... si vemos las fallas.

Escribir es como respirar para quien se moriría de no hacerlo. Escribo para mí, para otros, para quien quiera leer lo que mi mente y espíritu plasman en una página en blanco, a pesar de que en varias ocasiones termino por reconocer, con profunda pena, que: la página en blanco era la perfecta.

Prefiero la creación imaginativa salpicada de realidades que pueden ser vivencias personales, ajenas o absolutamente ficticias, si bien, la ficción no me encanta, pienso que a veces ha surgido de mi pluma una verdaderamente fantástica, que hasta a mí me enamoró. Porque escribir es esencial a todo espíritu inquieto y rebelde, a mí me hace tanta falta como el vaso de agua al sediento. Y, sin embargo, absurdamente, lo rechazo, me niego a escribir, especialmente, cuando el dolor es profundo porque la herida fue contundente y originaria de alguien a quien quiero tanto como si fuera una parte de mi propio ser.

Soy lo que creo que soy y no lo que pienso. Y no estoy segura de ser realmente yo, solo yo y mi circunstancia, porque sobre mis espaldas traigo todo el cargamento genético y la herencia de quienes me fraguaron. Pero, ¿a quién le importa quién soy?: a mí, solamente a mí. ¡Ojalá!, no sea



vanidosa, ni petulante, menos soberbia. Quisiera ser materia etérea y moldeable por los buenos vientos, e inquebrantable y firme ante los ventarrones.

Como escritora, soy las sencillas y comunes palabras que elijo usar para manchar la página en blanco, y las ideas que subyacen en ellas y les dan peso, volumen y cierta relevancia dentro de lo sencillo de mi habla personal, ligeramente afectada por la imaginación y creatividad natural del arte de escribir, cuando ya se le domina como a una ciencia.

Eso soy, o creo ser, si mis ojos, con glaucoma y lo que la vida me ha dejado de la dotación natural de mi sentido común y la lógica de mi pensamiento, no mienten y me muestran sin engaño una realidad sin ficción ni fantasía, solo la verdad.

Escribir poesía es la más alta expresión del arte de escribir. Y crear relatos que semejan historias o reflexiones sobre la vida y la muerte, entre otros contrarios que se complementan, pueden ser ejemplos de ciencia cuando el arte se vuelve una creación no natural, hecha a imagen y semejanza de la vida real sin serlo.

Comala puede ser el último destino de un moribundo, o el purgatorio o paraíso de las almas en pena. Dibujar con palabras un cuadro, pintar una realidad con pincel que produce palabras, es un arte y una ciencia.

Enseñar a amar y reconocer la importancia de la escritura y la lectura, puede volverse: "una buena costumbre" que, a un mediano plazo, producirá excelentes escritores y matemáticos excelsos, cuando produzcan textos académicos o creativos.

Leer a Luvina proyectado el cuento en pantalla y con audio de la viva voz de su autor, Juan Rulfo, en el salón de clase de Escritura argumentativa como antes en Lectura y Redacción, para los alumnos del primer semestre de la carrera de Economía, fue uno de mis grandes placeres, en las últimas cátedras que dicté todavía hace dos años. Además, con dos o cinco de los cuarenta oyentes que la apreciaron en su

total dimensión del arte del relato, me di por bien servida como impulsora de la lectura literaria.

"Leamos mucho y escribamos más" (OLG).

EL RÍO AMARGO DE SUS PENAS  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En París, un grupo de doce alumnos de una universidad pública tomaba clase los sábados. No era normal que se impartiera cátedra ese día, pero la situación lo justificaba. El maestro era un servidor público de alto orden en Luxemburgo, sobre quien el director de la facultad parisina había estimado que valía la pena traerlo a la ciudad de las luces. Así es que: pagaba el avión para que los viernes, a las once de la noche, el hombre tomara el último vuelo desde la ciudad de El Gran Ducado y estuviese a las siete de la mañana del sábado impartiendo cátedra en la escuela. A las once de la mañana se liberaba de su obligación y podía ir a su casa, donde lo esperaban su mujer y su hijo de diez años. Pasaba con ellos el fin de semana y el domingo por la noche viajaba de regreso a Luxemburgo para dormir, amanecer y aparecer en la oficina del organismo internacional en el que trabajaba, el lunes a las ocho de la mañana.

Lo que más animaba al funcionario público internacional, sobre todo luego de la primera clase, fue una alumna de dieciséis años inscrita en su curso que era una copia exacta de Alizée, la falsa Lolita francesa. Pero Melania, la joven de la clase parisina, era realmente una chica adolescente.

Una Natalie Portman de la verdad y él: un Jean Reno de la resurrección.

Después de cada clase, el grupo de alumnos se dirigía a un café del barrio latino a desayunar. Se sentaban juntando varias mesas para albergar a los diez o doce alumnos que acudían. Ricardo solía sentarse junto a Melania. Era un chico soberbio en inteligencia; no en fealdad. Estaba

seguro de que él le atraía a Melania y ella le había hecho saber al chico que le llamaba la atención: la inteligencia de su pensamiento: la manera en que ponía a discernir al profesor de Luxemburgo, al punto de incluso hacerlo temblar de piernas a cabeza cuando Ricardo le planteaba una pregunta.

Fue uno de esos sábados en el desayuno, bajo el mantel, cuando Ricardo, sentado junto a Melania, penetró entre las piernas de ella con su mano para acariciarla hasta hacerla transpirar su sexo: ella humedeció su pantaleta y pantalón: jeans abiertamente oscurecidos por el aroma del alcatraz y un torbellino. Vino la invitación de la mejor amiga de Melania para que esa noche, se reunieran en un bar de la zona de la Bastilla. Melania confirmó. Ricardo no tenía dinero para ir... Él nunca desayunaba en aquellas reuniones universitarias, sino que se limitaba a beber café negro sin azúcar. Las monedas.

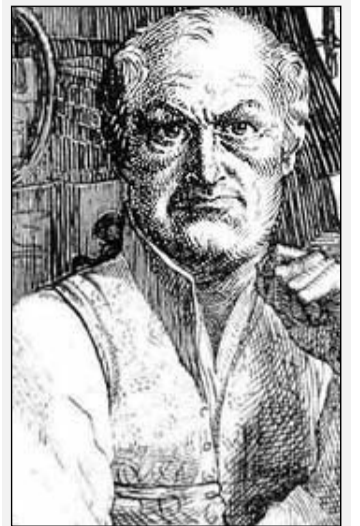
Ricardo seguía acariciando y soñando, seguro de que el deseo escondido de Melania era para él. Una tormenta de iluminación circular, la arquitectura gótica del deseo: rosetón del triunfo pulmonar y el desvío.

Pero Ricardo nunca aparecía en las reuniones en los bares de noche. Se metía en las cobijas de su cuarto, sin dinero, soñando con la compañía de Melania, mientras ella acudía a los bares esperando, pero sin encontrar el interés de él. Y quien apareció fue Citófono, un chico dos años mayor que ellos, quien igual pretendía a Melania. Y era aquel quien estaba junto a ella cuando Melania ardía bajo el influjo de unas copas: con la audacia de los sonidos sin remedio de la música adolescente, de la sangre de fuerza de pura sangre del sexo sin consciencia de la adolescencia... Y fue él, Citófono, quien finalmente penetró a Melania, quitándole su virginidad, en una noche de desesperación juvenil.

Y no se casaría con ella. La usaría durante noches: su cuerpo blanco de almendra desgarrada y tropiezo desvinculado de la pedrería preciosa. Él, Citófono, se casaría años después con una virgen, no con Melania.

Y sería Ricardo, quien nunca dejaría de amar a Melania y en total ignorancia sobre lo sucedido, quien se casaría con ella. Eso vendría años después, cuando tendría un trabajo y los ingresos para elaborar sobre una boda, ignorante del secreto sagrado que ella mantenía. Viajaron a Lyon de luna de miel, en autobús. Melania no tenía mejor prospecto, luego de haber perdido, sin saber por qué, al chico económicamente acomodado de la escuela.

La tristeza del llanto vendría sobre los esposos. Lo compartirían. Lo endulzarían con historias idiotas con las que intentaban olvidar el pasado. Pero la angustia sobrevolvaba el vapor. Vivieron soñando que quizás algún día volverían a amarse como otro día lo hicieron, sin ver, en realidad, jamás cumplidos sus sueños. Con la vergüenza escondida entre las sábanas, con el amor no correspondido rasgándose las venas, sin entender de dónde vendría aquello: en dónde nacía el río amargo de sus penas.



Marqués de Sade

(Donatien-Alphonse-François, marqués de Sade; París, 1740 - Charenton, Francia, 1814) Escritor y filósofo francés. Conocido por haber dado nombre a una tendencia sexual que se caracteriza por la obtención de placer infligiendo dolor a otros (el sadismo), es el escritor maldito por antonomasia. De origen aristocrático, se educó con su tío, el abate de Sade, un erudito libertino seguidor de Voltaire que ejerció sobre él una gran influencia. Alumno de la Escuela de Caballería, en 1759 obtuvo el grado de capitán del regimiento de Borgoña y participó en la guerra de los Siete Años. Acabada la contienda, en 1766 contrajo matrimonio con la hija de un magistrado, a la que abandonó cinco años más tarde.

En 1768 fue encarcelado por primera vez acusado de torturas por su criada, aunque fue liberado al poco tiempo por orden real. Juzgado y condenado a muerte por delitos sexuales en 1772, consiguió huir a Génova. Regresó a París en 1777, donde fue detenido en instancias de su suegro y encarcelado en Vincennes.

En 1784 fue trasladado a la Bastilla y en 1789 al hospital psiquiátrico de Charenton, que abandonó en 1790 gracias a un indulto concedido por la Asamblea Nacional, surgida de la Revolución Francesa. Participó entonces de manera activa en política, paradójicamente en el bando más moderado. En 1801, a raíz del escándalo suscitado por la publicación de La filosofía del tocador, fue internado de nuevo en el hospital psiquiátrico de Charenton, donde murió.

El marqués de Sade escribió la mayor parte de sus obras en sus largos períodos de internamiento. En una de las primeras, el Diálogo entre un sacerdote y un moribundo (1782), manifestó su ateísmo. Posteriores son Los 120 días de Sodoma (1784), Los crímenes del amor (1788), Justine (1791) y Juliette (1798).

Calificadas de obscenas en su día, la descripción de distintos tipos de perversión sexual constituye su tema principal, aunque no el único: en cierto sentido, Sade puede considerarse un moralista que denuncia en sus trabajos la hipocresía de su época. Su obra fue reivindicada en el siglo XX por André Breton, Paul Éluard, Louis Aragon y otras figuras del surrealismo.

Mónica Lavín

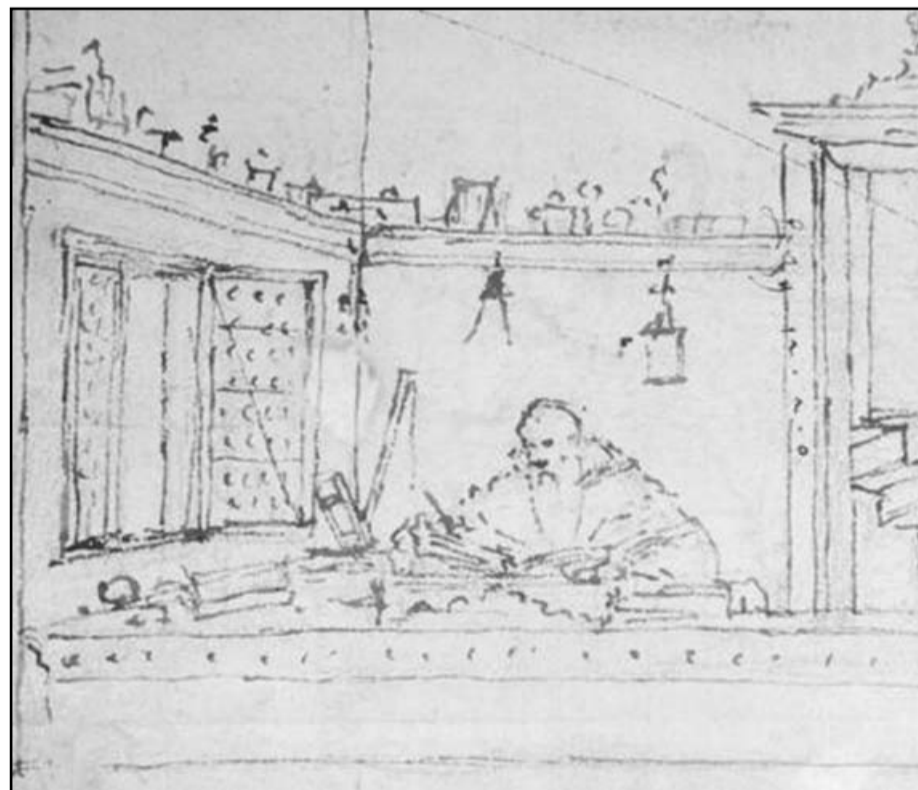
## La convivencia de las diferencias

La literatura nunca está lejos de la política. Se escribe desde un contexto y desde una visión del mundo. Principalmente se escribe desde la libertad. Cuando Cervantes inauguró el género novelesco asentó su premisa. No hay una verdad única. Los puntos de vista y la percepción de la realidad son distintos para los individuos. Tocado por los libros que ha leído en donde los caballeros tienen un código de honor y transforman el mundo, requiere un escudero. Es Sancho, cuyo sentido común y su trabajo con la tierra han labrado su experiencia, el que finalmente resulta quiijotizado; transformado por esa forma de mirar el mundo que le resulta más ancha, donde es posible soñar. Volvamos al camino, le pide al Quijote que agoniza derrocado por el caballero de la Blanca Luna.

Los libros han sido prohibidos porque no son inofensivos. A través de las palabras y la imaginación que fundan mundos, nos llevan a la reflexión, a mirar y mirarnos, a comprender y convivir con las distintas posibilidades de estar en el planeta. Bien sabemos que Los versos satánicos le valió una condena de muerte a Salman Rushdie por el gobierno fundamentalista de El Ayatola Koemini, y que fue apuñalado el año pasado en pleno escenario por un fanático. El amante de Lady Chatterley de D.H. Lawrence fue publicado en Florencia en 1928 y sólo

hasta los años 60 circuló en Inglaterra donde había sido censurado por su erotismo explícito (por cierto muy bello).

El escritor húngaro Sándor Márai, cuyas novelas El último encuentro y La mujer justa me deslumbraron, perteneció a las juventudes comunistas a temprana edad (como a veces sucede), escribió contra el nazismo cuando su país pactó con Mussolini, y cuando la invasión alemana huyó de Budapest pues su esposa era judía. Con la ocupación soviética, que sepultó su obra por considerarla burguesa, salió de Hungría en 1948. Después de varias migraciones se asentó en Nueva York y a partir de los años 80 sus libros fueron traducidos al francés, al italiano, más tarde al español. Lo leímos después de su muerte, de un tiro a los 86 años en San Diego, California. Así escribí cuando había llegado a Nueva York: ¿Qué es lo que no soporto de Estados Unidos? No hay otra respuesta que ésta: falta de alma. No se puede encontrar una nueva patria. Sólo se puede ganar dinero, y con el dinero se puede conseguir un lugar donde quedarse. Porque expatriarse es sin duda una experiencia dolorosa, lo sabemos ahora que regímenes totalitarios como el de Daniel Ortega en Nicaragua han despojado de la ciudadanía y sus posesiones a escritores y considerados enemigos políticos (antes compañeros en el derrocamiento de Somoza) como Sergio Ramírez y



Gioconda Belli.

Cuando hace poco, Mario Campos me preguntó para Radio Ibero por qué había firmado la carta de apoyo a Xóchitl Gálvez y, recordando aquellos tiempos en que yo colaboraba para el noticiero que él conducía en IMER, dijo: esta vez no vamos a hablar de libros. Estamos hablando de libros, confirmé, porque lo que hemos vivido en el actual gobierno es la denostación (desde el abuso de la tribuna) de quien opina diferente o disiente, o se está con él (ellos) o se es conservador y traidor a la patria. El insulto de uno y otro lado ha sido la norma, la división, la polarización. Quiero un país donde cohabiten la pluralidad, el aplauso

y la crítica, la sensata inteligencia, la discusión y el acuerdo, donde prevalezcan los logros sobre la ideología, donde la bandera ondee para todos. En las novelas no hay verdades únicas o hegemónicas, su esencia es lo humano, las diferentes visiones del mundo; son búsquedas estéticas para intentar comprender la ambigua condición humana.

Me interesa que los días se parezcan a la República de las Letras donde el respeto a las diferentes visiones es parte fundamental de la convivencia. Todo libro es un diálogo, todo gobierno debe propiciarlo (y todo gobierno siempre está a prueba).

## ad pedem literae

Vencerse a sí mismo un hombre es tan grande hazaña, que sólo el que es grande puede atreverse a ejecutarla

Pedro Calderón de la Barca

## Letras de buen humor

Las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo.

Napoleón I